

Débora

Hacía los coros en un garito de la calle nueve.

Los focos adoraban sus formas y resaltaban sus estudiados meneos.

Merecía mucho la pena gastar el tiempo observando la forma natural con la que su cabello iba y venía de un lado para otro. Parecía tener vida propia y estar domesticado. Lo digo por cómo reposaba sobre sus hombros entre las pausas de las canciones.

Ella zarandeando el escenario y moviendo la noche. Ella en una secuencia de flashes sacados de una sesión fotográfica, que se te metían por las retinas, ojos adentro, y donde se veía a una chica moverse cada dos segundos. Te juro que era el movimiento mecanizado de un juguete caleidoscópico.

No podías acordarte de lo que cantaba. No podías ni imaginarlo. La melodía se construía sola en tu cerebro, nota a nota, para estallar dinamitada con su ausencia cuando los focos se apagaban y ella desaparecía. Plof. Esto, ¿de qué me estabas hablando?

Solo puedo decirte que aquel cobre natural enamoraba. Aquella pellirroja de cepa dominaba el escenario y las hormonas de la sala. Apenas tenía veinte años. Sin embargo, ante ella no había opciones. Ante esa mujer uno solo podía hipnotizarse mirándole la cabellera; sentirse arder en toda aquella llamarada innata que tenía por melena a juego con la perfección de su cuerpo; dejarse ir pensando que, si la mirada se mantenía durante mucho tiempo, el hierro candente que levantaba entre las piernas de los presentes, tarde o temprano, también se fundiría.

Noche tras noche, las mesas estaban a rebosar de vasos llenos de bebidas de importación, cientos de birras y mejunjes baratos. Tambiénapestaba a paleta. Hablo de gente ruda y de garganta ancha. Los típicos que ganaban y se bebían la paga con la misma rapidez con la que un alcohólico se pimpla una cerveza. Confirmando la tercera ley del mercado empresarial: los hombres hipnotizados son idiotas pero tragan. Era de cajón, Débora quemaba deseos y mantenía el negocio. No había más que hablar. Eso sí, desafinar desafinaba una barbaridad. Entre otras cosas porque nunca fue a clase de canto. No tuvo ni tiempo de interesarse por la música. Incluso jamás bailó más de dos piezas seguidas en las fiestas de adolescentes. Esta etapa solo era una necesidad disfrazada de escapatoria. Se trataba de salir del paso. En sus adentros la consideraba como un peaje duro en autopista de la vida, y la aceptaba de pleno, salvo por el escollo que suponía la vocecilla de la conciencia. Aquélla que decía que estaba en una carretera secundaria que ponía "Apuros".

Pero, ¿qué importaba el cantante o las propias canciones? Allí las notas bien puestas las dabas sus caderas, chasqueando entre las agudos más altos, y removiéndose suaves y peligrosas entre los graves como las aguas de un pantano. Era una nena chic. Era chica potente. Era una imagen kill the radio star.

El trabajo se le había presentado cuando la casera le había dado el tercer ultimátum. Por aquel entonces los euros se habían puesto a dieta y habían adelgazado la cintura de su cuenta. Ni que decir tiene también que el paro llevaba parado más de un año. Nada se movía.

Su vida hibernaba para morir hasta que, bendita sea la suerte, recibió una llamada de un número desconocido con una hora y un lugar.

Era la llamada de los saldos y las últimas oportunidades. Una llamada a centavos para perdedores que decía por el megáfono, por favor, vaya a su cajero más cercano, allí le atenderemos las plegarias.

Empezó siendo días sueltos, sin ningún tipo de casting, ni de pruebas de sonidos, ni una grabación, ni un currículum con docenas de mentiras. No tardó en convertirse en actuaciones las noches alternas y los fines de semanas completos.

El dueño, un tal señor Mahmmada Vansil Goswami, para todos señor Mamada, como buen empresario le ofreció más cosas. Hablo de tratos que se cierran en oficinas oscuras, de garitos que no son solo tugurios de mala muerte sino burdeles y salas de juego en una puerta trasera que dan a otras puertas más traseras aún.

El señor Mamada era todo un personaje. Un medio metro, obeso, de piel ceniza en el cuerpo y en la calva, y con una leve pelusilla blanca alrededor de las orejas que le daban el aspecto, según él, de un Julio César moderno, pero quemado de cutis y del cansancio que da estar continuamente porfiando. Desde siempre se había movido bien poco, cosas que da tener una barriga prominente por la priva. Un ente macizo que era capaz por si solo de sujetarle las copas en equilibrio. Las malas lenguas decían que el señor Mamada tenía el hígado del tamaño de un motor de un Ford Mustang GT500. Había empezado en el negocio a principio de los ochenta vendiendo relojes Casio con calculadora y prosperado, en apenas una década, con material importado de las Islas Kuriles, arriesgándose a traer las cañas de bambú repletas de coca.

Tras tremendo *palo* todo fue un coser y cantar para este hijo de hindú y madre tailandesa. Después, ya con todos los dedos llenos de anillos de oro, se dedicó a ramificar sus podridos planes por el asfalto de la ciudad levantando locales a diestro y siniestro. Locales con la particularidad de tener poca luz, mucho engendro y dinero fácil yendo de una mano a otra.

Volviendo al asunto, os cuento los tratos del indio de mierda hasta la fecha: El primer mes le ofreció tres cifras por bailar ligera de ropa en una sala privada. El segundo mes le propuso cuatro cifras por hacer compañía y dar algún que otro meneo en privado a políticos de turno.

Su contestación no se alteró por el baile de cifras. Aunque siendo sinceros le erizó un poco el vello de la espalda, por la tirria que le daban sus proposiciones y por la angustia que daba la falta de pasta. Sin embargo, su respuesta tuvo la voz firme. Fue capaz de convertirse en un eco negativo semana tras semana. Era impulsiva pero no estúpida. Tenía necesidades pero, a veces, podía ser un camaleón para los problemas.

De momento su vida había sido todo un recital de palos y leña mal repartidos, hechos que le habían servido para aprender tocándose las cicatrices. Sabía que aquello auguraba malos presagios, porque ir en contra de los acontecimientos es un indicador de que el invierno dará hambre y que las penurias ya han encontrado el buzón de tu casa y están por tocar a la puerta.

En este tercer mes el dueño ya le está enseñando el precipicio mientras le da palmadas en la espalda. En el pago semanal le ha sugerido la obligación de pasar por su piedra y por la piedra de sus amigos en una casa a las afueras durante todo un fin de semana.

Así, sin anestesia, solo con los huevos llenos de cara dura y semen a raudales. Iban a ser seis personas como seis cifras iba a tener el maletín en billetes pequeños listos para usarse. Todo tan negro y tan limpio, en una paradoja sin sentido, como las ciudades en si mismas porque una cosa es lo que ves y otra es toda la mierda que te esconden.

Tenía hasta el viernes para decidirse.

Sabía que no aguantaría una semana más en el asunto del coro. Se le acababa el trabajo y, con ello, los ingresos. La suma del uno más uno. Era consciente que el señor Mamada no era un hombre que le pusieran cachondo las negativas. Además cada vez sus insinuaciones eran más lascivas y su mano tocaba un palmo más abajo.

Llegó la pausa del show y fue a por un trago. La vi coger una Warsteiner bien fría y marcharse al camerino. La imaginé sentada y con las piernas sobre el tocador. Quince minutos de relax a la una de la mañana como cada noche.

Así descansan los vampiros. El primer sorbo sería un brindis en toda regla a la suerte. Conocía a la suerte desde hace años y sabía que era una avispada de mucho cuidado. Una vez que sale del corral es complicado pillarla.

Y eso que ella iba para abogado. Sus padres eran abogados y, según la tradición, ella debía ser letrado. Lo decía el árbol genealógico, lo dijo su padre en todas sus charlas desde que le llegaba la memoria, lo dijo su madre en su novena advertencia, lo dijo su malévol tía el día de Acción de Gracias, lo dijeron todos los idiotas de sus primos fumando canutos en la cena de navidad, mientras a las afueras del chalé tiraban y se ponían ciegos a petardos. Toda aquella presión no era más que un sartén donde se freían sus plomos a fuego vivo.

Se largó de casa con diecisiete. No había oxígeno para sus células en aquel lugar. Era huir o ceder a las pretensiones de sus progenitores. Se negaba a seguir el canal lineal que habían trazado para su vida. Esa noche jugó a ser cirujano. Abrió y limpió todas las carteras, y dejó su casa estéril y llena de lujos para lanzarse a por la suciedad de la vida. No tenía ni idea de que estaba jugando la peor mano de su corta vida.

Al principio no iba desencaminada en hacerlo bien. Lo primero que hizo fue cambiar de isla, de nombre y usar algunas pelucas baratas para pasar inadvertida. Pronto consiguió un trabajo de comida rápida. Su vida metida en un pan de hamburguesa. Pero a las pocas semanas en el negocio dio con un pepinillo. Sin apenas quererlo se había enamorado de un golfo buscavidas, de palabra fácil y profundos ojos azules donde las niñas bonitas iban una y otra vez a naufragar. Ella aguantó las primeras olas, pero se cansó pronto de nadar en torno a aquel coral y cedió. Cenaron un par de veces en una pizzería de la avenida. En la tercera cita sentados por fuera de un local especialista en bocatas de tortilla, y siendo exactos, a la cuarta cerveza se hundió.

Perdió la virginidad entre el segundo y el tercer piso de un edificio abandonado. Fue un polvo lleno del polvo de los escalones. Sucio, rápido y con nada en su sitio. No se imaginó ni por asomo que el amor tuviera también esa cara, o mas bien esa careta, porque aquella fue la última vez que vio a aquel tipejo. Juró por entonces quererse más y proteger sus piedras preciosas. Plomó sus bragas y su orgullo. Marcó las mentiras para verlas en las partidas de la vida.

Sin embargo, las cosas torcieron la esquina de mal en peor y pronto supo que estaba embarazada. Un espermatozoide de aquel estúpido había sido el más veloz y había hecho diana en el centro de uno de sus óvulos.

Los problemas sabían de ciencias y empezaron a saber multiplicarse. Empezó a conocer que la vida era un bosque oscuro con cepos para ciervos justo cuando asimilaba que ella solo era un mísero ratón de alcantarilla. Buscó trabajos. Uno. Dos. Cincuenta. Frecuentó sitios normales. No hubo resultado. Transitó sitios regulares. Tampoco hubo cordialidad ni respuesta. Acabó en lugares malos donde pronto las comadreas sintieron curiosidad por su presencia.

Dejó el día por la noche. Su vida empezó a resbalar por una pendiente de inclinación infinita. Se volvió telekinética. Movié cosas de un lado para otro. Trapicheó polvos intentando dejar la nariz limpia. Se dijo que todo iría bien si no se metía nada por ningún agujero.

Llegaron a los malos oídos su desesperación por el dinero. Movié más cosas. Tenía más poderes y se le daba bien, pero la tripa seguía creciendo por mucho que le rezara a su ángel de la guarda. Trapicheó a más velocidad mientras seguía cayendo por el tobogán de la gestación. Eso sí, seguía limpia. Ni una polla por los alrededores, ni un rastro de ninguna sustancia, ni sangre, ni huellas. Pero necesitaba más dinero. Rezó más fuerte hasta que, de mano en mano, le dieron un sobre con tres mil euros. Dentro también había una foto y una navaja.

Matar. Ese era el verbo y el encargo. Ningún dato más. Tampoco lo quiso porque no pudo acabar ese disparatado trato. No tenía las fuerzas para matar a nadie. Ni tan siquiera para darle un susto. Ni por estar tan al límite. MATAR era un verbo en mayúsculas. Si uno pasaba esa línea no habría vuelta atrás y tendría sombras y la culpa persiguiéndola por cien años.

Su vida seguía bajando escalones hasta el sótano. Por miedo a que la encontraran viajó a Londres y abortó en secreto. Estuvo malviviendo allí tres semanas porque le tocaron un riñón y el dinero se fue en antibióticos. Empezó a ser rata. Aprendió a saber dónde estaba el queso y las trampas. Ganó el dinero justo para volver en una apuesta de caballos. Rezó para que tuvieran memoria de pez. Quizás hubieran olvidado su careto. Parecía que así era. Por eso de momento baila cada noche en aquella tapadera number nine.

A mí me dieron el caso a las cuarenta y ocho horas de la denuncia de su ausencia. No hacía falta. No para este caso concreto. Yo entré en el cuerpo cambiándome de apellido porque yo también debí ser abogado. Lo decía el árbol genealógico, lo dijo mi padre en todas sus charlas desde que me llegaba la memoria, lo dijo mi madre en su novena advertencia, lo dijo mi malévola tía el día de Acción de Gracias, lo dijeron todos los idiotas de mis primos fumando canutos en la cena de navidad, mientras a las afueras del chulé tiraban y se ponían ciegos a petardos. A mí también la presión me comprimió los pulmones y me quitó el aire de la vida. Pero yo no me fui de casa en ese entonces. Yo llegué a un pacto cinco años antes. Sería abogado, pero después de ser policía. No fue fácil. Eran duros de roer. Accedieron en la discusión cien mil.

Ya se imaginan que dentro de mi familia mi padre estaba muy afectado. Dejó de hablar durante meses cuando ella se fue. Su vacío le comió la lengua. Mi madre fue la que me llamó para contratarme. No me pusieron límites de dinero para mis horas libres. Tenía una cuenta entera llena de números a mi disposición. La única premisa fue la que nadie dijo. Sonaba a "haz que vuelva". Sobra decir que no hacían falta nada de aquellas proposiciones desesperadas. Lo primero era la familia. Ya lo decía Jesús.

Encontré a mi hermana en la isla de enfrente dos semanas después. Acababa de enamorarse de un pendenciero que se las sabía todas. El elemento estaba buscado por delitos menores y otros que estaban creciendo en edad. Me enteré que se la folló en un edificio lleno de okupas y que había sacado algunas fotos de ella desnuda para extorsionarla. Lo encontré en el muelle buscando trabajo. Fue condenadamente fácil invitarlo a algunas copas. Fue extremadamente fácil emborracharlo y contarle la trama de dar un buen palo para sacar más de un kilo por cabeza. El plan eran campanitas celestiales a los oídos de un capullo. Consistía en viajar y vivir dos años en el Caribe mediante un contacto que era como de la familia. Viviríamos como marqueses. Follaríamos como dioses. Aquellos dos verbos conjugados eran un filón. Desde el principio le pareció buena idea. El brillo de sus ojos me lo confirmó.

Quedé con él a medianoche en una playa cercana para un asuntillo en el que sacarnos algo de dinero antes de partir. Nos bebimos doce latas de Heineken mientras comíamos unas patatas picantes y planeábamos el futuro encajándolo todo como quien juega al Tetris. Cuando la bragueta no le dio para más fue a mear al agua. Solo tuve que deslizarme sobre su espalda y, sin resistencia, abrirle una segunda sonrisa a la altura del cuello. Fue con la navaja que dejaron en el sobre a mi hermana. Luego le asesté con saña un tajo transversal en el abdomen. Allí me di cuenta que yo también podía ser cirujano. Ya sin vida lo metí en el agua y le saqué todas las tripas.

Necesitaba que el cuerpo pesara poco. Los peces ni se asomaron, cosa que no me extrañó, hacía un frío del demonio. Aún así me desnudé y nadé hacia los barcos para atar sus restos a la hélice de un barco pesquero.

Dudé entre el “Angustias” y “Prosperidad”. Sin embargo, solventé la duda pronto porque, aunque sabía que era un capullo sideral, en el más allá le deseaba suerte. Braceé fuerte a la vuelta y volví antes de entrar en fase de congelación. Removí con fuerza la fina arena, esa que un listillo de político había traído de importación por una millonada, y que tenía la particularidad de meterse sin permiso por la raja del culo. Hice una montaña con sus pertenencias, las latas y los envoltorios. Las rocié de gasolina y esperé a que se hicieran ceniza. Fin del paleta número uno.

No lo duden, yo también fui a por la chica de la foto. Era una prostituta conocida como SusiCat. Trabajaba la zona de la ciudad donde parecía que había caído una bomba atómica, justo en el centro donde crecía la gran urbe. Eran edificios arañados por el tiempo, de pinturas levantadas como si se quitara la piel, presa de un cáncer de ciudad, y que se caían a tirones junto con los muros y las paredes. Se sentaba allí a diario en una silla plegable a pintarse las uñas al sol y a fumar pitillos que se liaba a dos dedos. Cuando se cansaba del sol entraba. Dentro le divertía ponerse verde de crack. Todo aquella humacera no limitaba los servicios de naturaleza primitiva que brindaba con esmero por billetes de andar por casa. Sus clientes favoritos eran los rusos adinerados que se perdían nada más bajarse de los cruceros que nutrían la ciudad. Seiscientos mil por año. Que cayeran en manos de Susi era cuestión de estadística.

Al parecer la gatita se había portado mal. Cuando fui a por ella ya había desaparecido. La encontraron en la zona industrial a la semana dentro de

una caja de cartón de Ikea. Le habían roto las piernas y los brazos, y todo lo que se puede romper en un cuerpo para meterla en aquel ataúd improvisado.

Trabajaba para Johnny Vinagre. De nombre real Jonathan Jesús Rivero Acosta. Jonathan hasta los dieciséis. Johnny a los dieciocho por la tontería del inglés. Vinagre con apenas veinte tras salir del trullo. Una sabandija de etnia autóctona que había aprendido en la calle todos los trucos de cómo se sangra y se hace sangrar. Desde joven rompió y le rompieron las narices. Tenía la tocha en forma de escalones. Se perfeccionó de manera autodidacta en el reformatorio, agregando de serie los conocimientos que tenían que ver con robar coches en menos de diez segundos. Acabó por ser cum laude en la cárcel, época donde se le endulzó el carácter, al inculcársele de sopetón las técnicas de cómo coger pastillas de jabón. Tenía truco y, parece ser que una vez aprendido, las embestidas traseras dolían un poco menos. Desde ese entonces Johnny gozaba de muy mala hostia. Mucha. Tenía la naturaleza macabra de quien es un hijo de mil leches. Alguien al que la vida le importa lo mismo que el culo de un mono. Johnny producía daño. Disfrutaba con ello. Lo hacía por el jabón y por su genética cabrona. Como buen jugador local, y bajo esa fama, controlaba las mafias chinas, rumanas y rusas. Les dejaba jugar en su isla por pequeñas sumas. Una suma de otra suma más otra suma. Por eso tuvo la queja de los soviéticos. Era un asunto molesto sobre una prostituta barata. Al parecer la gatita Susanita se había quedado sin permiso con un peluco de valor sentimental de la persona equivocaba. Bueno, fue el reloj y un pendrive con planos del último boom inmobiliario que todavía podría perpetrarse en el sur. Urgía

quitarla del mapa. Quickly. De ahí los huesos molidos dentro del envoltorio de cartón. Remate de la situación de la pipiola número dos.

O sea que, ya sin rastros de ningún tipo, vuelvo donde empezamos. Un garito en las sombras de la calle nueve donde, la verdad, este bigote postizo y unas gafas de pasta de escritor progre me están matando. ¡Los esfuerzos que hace uno por verla actuar en directo!

Ahí está. Ya sale de nuevo. Tras los descansos sigue cantando de puta pena pero su fuerte ya les digo que es menearse con el ritmo. Es una verdadera lástima que ahora tenga que hacer una visita al señor Mamada. No me gusta el trato que le ha dado a mi hermana. Detesto las ofensas a las mujeres. Me educaron para ser universitario de alta alcurnia. Ahora conozco la cura. De hecho, no hay nada que no cure una bala. Le he pedido a su secretaria una cita con rosas incluidas. Yo besaré sus anillos por protocolo y él después tendrá que pedir perdón o besarme otra cosa, o puede que elija el hoyo, que nunca se sabe la testarudez a la que pueden llegar estos don nadie. Además Julio César nunca me gustó en las clases de Historia. Era un paleta soberbio. Cuando resuelvo estos asuntos dejo la placa en casa. Me estoy acostumbrando a trabajar por semanas entre islas. Se trata de dormir poco y mal para sacar el trabajo, de hacer horas extras en la que estoy de este lado de la ley, de la burocracia, de las detenciones y de informes, de la justicia y de lo debido por y para el pueblo. En el otro pedazo de tierra me limito a seguir una pista, la pista que deja mi sangre, un hilo del que intento que

entiendan las alimañas que no hay que tirar.

Estoy aprendiendo a hundirme y a emerger en cada trayecto por barco. Es un proceso de una hora donde curo mis heridas con salitre. Éste es mi triángulo de las Bermudas. Este archipiélago donde la basura empieza a aprendido a dar sus primeros pasos hacia la luz. El gentío se está acostumbrando rápido. Apenas se asustan ya. Ahora es común ver por estos confines a gente decapitada, asesinatos por ajustes de cuentas, maltratos a puños y a palos, tratas de blancas y negras, abusos de niños y gente que desaparece. Todo fruto de que las malas hierbas no hacen sino crecer a puñados. Antes medían un palmo y salían de cuando en cuando. Ahora son las metástasis de una sociedad decrepita y de alto, te sacan varias cabezas. Si te despistas llegan a medir como el Drago Milenario.

Por eso llevo mis nudillos pelados donde no llega la placa. Los cierro y golpeo primero. Es una maza que castiga lo que yo creo justo. Que ya vendrán luego las palabras. Llámalo supervivencia. Llámalo proteger a los tuyos. No me digas nada de lavar la conciencia. Mi conciencia la lavo a mano todos los días. Lo hago mientras veo la televisión y mientras observo al mundo lleno de mierda donde nadie es capaz de tirar de la cisterna. Yo trabajo a escala, a mi nivel y con mis herramientas. Me dedico a simplificar las cosas. No me meto en asuntos que me vienen grandes. A mí,

siendo sinceros solo me preocupa Débora. Que siga bailando ajena a todo en sus minutos de gloria. Que su melena inflame el ambiente. Débora chic. Débora madurando en sus veinte años que valen por treinta. Débora sin miedo. Débora fuerte enfrentándose al gigante de la vida y dándole una patada en los huevos. Débora, mi hermana.

Solo queda un escollo para que la felicidad repare el daño de la ausencia. Ellos. Cada dos semanas llamo a mis padres. La llamada no dura más de un minuto. Casi todo es silencio. Por un lado de la línea solo se oye de mis labios una mentira que se repite.
“Pronto volverá a casa”.